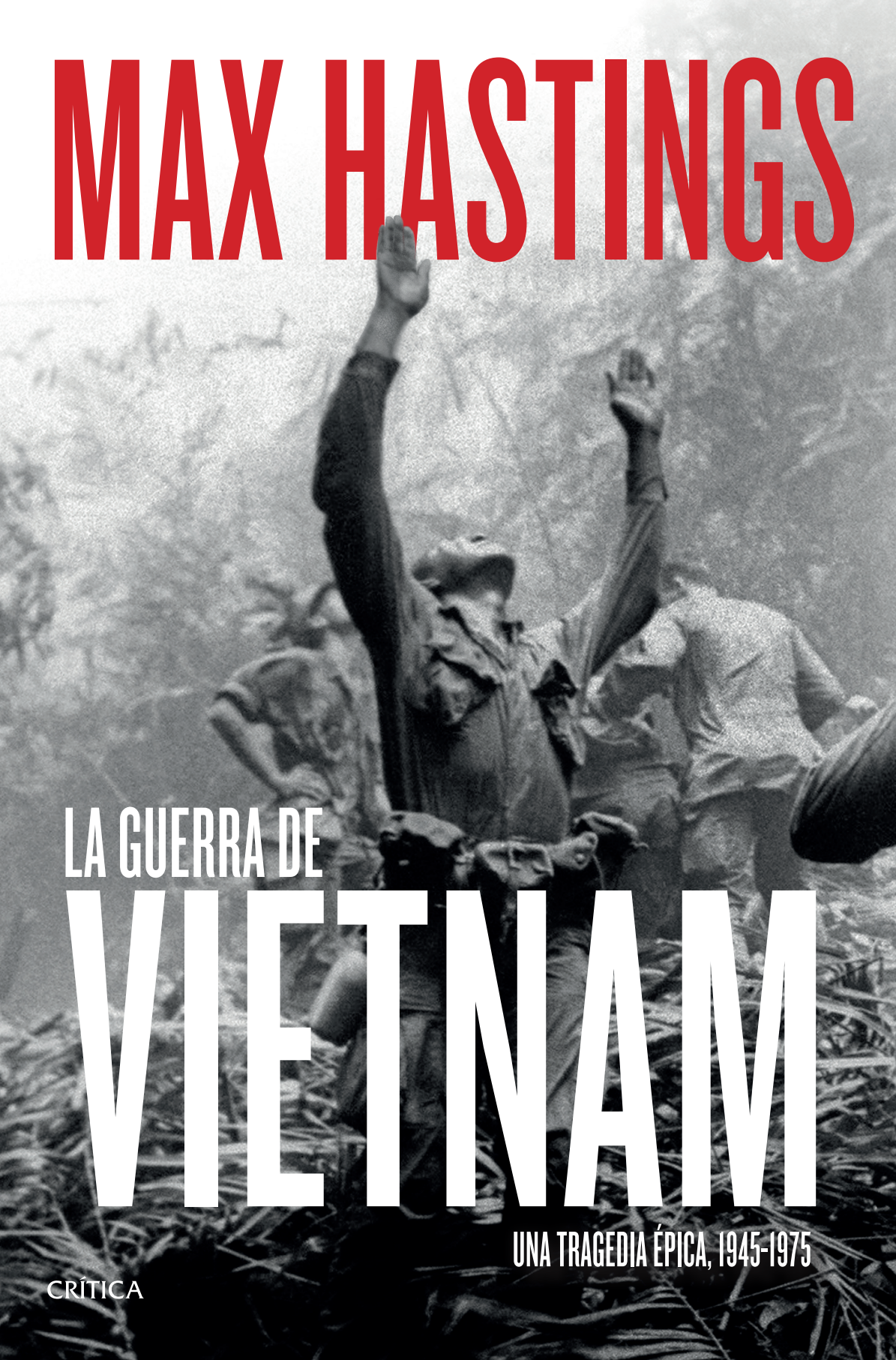




MAX HASTINGS

LA GUERRA DE

VIETNAM

UNA TRAGEDIA ÉPICA, 1945-1975

CRÍTICA

MAX HASTINGS

LA GUERRA DE VIETNAM

Una tragedia épica, 1945-1975

Traducción castellana de
Gonzalo García

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2019

La guerra de Vietnam. Una tragedia épica, 1945-1975

Max Hastings

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Vietnam: An Epic Tragedy: 1945-1975*

© Max Hastings, 2018

© de la traducción, Gonzalo García, 2019

© Editorial Planeta S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-107-6

Depósito legal: B. 9481 - 2019

2019. Impreso y encuadernado en España por Egedsa

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

La bella y las bestias

1. AFERRARSE A UN IMPERIO

Comencemos este largo relato, trágico incluso entre las incontables tragedias de las guerras, no con un francés ni un estadounidense, sino con un vietnamita. Doan Phuong Hai nació en 1944, en un poblado de la carretera Nacional 6, situado a tan solo unos treinta kilómetros de Hanói, pero plenamente rural. Entre los primeros recuerdos de Hai se encuentra un alambre, más en concreto una alambrada: el oxidado hilo de púas que rodeaba el puesto del ejército francés erigido en una colina próxima al mercado, y cómo ese alambre parecía cantar con el soplo del viento.¹ Por detrás de la cerca, y bajo la bandera tricolor de Francia, vivía un corneta vietnamita llamado Vien, muy apreciado por el pequeño Hai. Vien le daba latas de mantequilla vacías y chapas de botellas con las que el niño se construyó un coche de juguete que era como un tesoro para él. Hai no solía faltar entre el grupito de niños que escuchaban con admiración los relatos de Vien sobre sus múltiples batallas. El corneta lucía una cicatriz en la pierna, recibida en la Montaña Caliza, donde hizo sonar el toque de una carga en la que la Legión Extranjera afirmó haber matado a un centenar de comunistas. Los niños tocaban los galones del sargento y coleccionaban los cartuchos usados que de vez en cuando este les daba.

En ocasiones, Vien cantaba con voz triste y profunda, quizá sobre su madre, que había fallecido el año anterior. En días especiales guiaba a sus pequeños seguidores hasta la orilla del río, donde hacía sonar, en sucesión, los toques de corneta del ejército, «cuyas notas a veces nos hacían estremecer de la emoción, a veces eran tan tristes que nos daban ganas de llorar».² Con el tiempo, en 1951, la familia subió todas sus posesiones al tronado

autobús del distrito y se trasladó a Hanói. Vien encabezaba un destacamento de guardia, junto a la carretera, y como regalo de despedida dio a Hai dos chicles y un amable tirón de oreja. Mientras el autobús se alejaba, a través de una nube de polvo rojizo, el niño lo veía agitar la mano y contemplaba por última vez en su vida las casas, los arrozales, los bosques de bambú y los banianos de las lindes de su pueblo. Hai se embarcó en una sucesión de viajes y exilios, con algunas alegrías y muchos infortunios, como le ocurrió en general al pueblo vietnamita durante medio siglo. Aunque se convirtió en soldado, en sus ojos los combatientes nunca volvieron a brillar con el romanticismo que había caracterizado al sargento Vien y su corneta.

Vietnam vivió sometida a los chinos durante un millar de años, hasta que estos fueron expulsados en 938; regresaron varias veces y no se los deserró definitivamente hasta 1426. En adelante el país gozó de independencia, aunque no así de estabilidad o buen gobierno. El norte y el sur estuvieron controlados por dinastías rivales hasta 1802, cuando el emperador Gia Long impuso la unidad y rigió el país desde la ciudad de Hue. A finales del siglo XIX, en la pugna por la expansión imperial, Francia centró la atención en Indochina y, por la fuerza de las armas, fue estableciendo un dominio progresivo de la zona, empezando por el sur, la Cochinchina. En mayo de 1883, cuando la Asamblea Nacional de París aprobó financiar con cinco millones de francos una expedición destinada a consolidar la región como un «protectorado», el político conservador Jules Delafosse proclamó: «Señores, llamemos a las cosas por su nombre. Lo que quieren no es un protectorado, sino una posesión».³ Delafosse tenía toda la razón, claro está. Los franceses enviaron a veinte mil soldados a tomar Tonkín, el norte de Vietnam. Tras un año de duros combates, lo consiguieron e impusieron un control implacable. Aunque abolieron la antigua costumbre de condenar a muerte a las adúlteras —pisoteadas por elefantes—, la pena de la decapitación, reservada hasta entonces a los ladrones, se hizo extensiva a todo aquel que desafiara la hegemonía de Francia. Después de que los franceses abrieran una refinería en Saigón, el consumo de opio se multiplicó.

Vietnam se extiende por una superficie de unos 331.000 kilómetros cuadrados, algo más que Italia o la Francia metropolitana, en su mayoría formados por terrenos montañosos de una densa vegetación exótica o llanuras de extraordinaria humedad y fertilidad de carácter estacional. El visitante que lograba sobrellevar la agotadora exigencia del calor solía quedar impresionado por la belleza del paisaje y componer descripciones líricas sobre el panorama de «arrozales en los que pastan búfalos de agua, casi

siempre con una garceta blanca sobre el lomo, picoteando insectos; una vegetación tan brillante y tan verde que los ojos te dolían; la espera de los transbordadores en la ribera de ríos caudalosos del color de un *café crème*; pagodas ostentosas y casas de madera elevadas con pilares y rodeadas de patos y perros; una atmósfera vaporosa, con un omnipresente olor a madurez y agua que te hace pensar en fecundidad, en una naturaleza fértil y madura, y en calor».⁴

Los occidentales disfrutaban de la sublime habilidad de los tejedores vietnamitas, que se manifestaba en objetos de paja, cestos y los sombreros cónicos de los culis. Contemplaban con curiosidad las exóticas criaturas muertas que se vendían en los puestos callejeros y la profusión de especias, partidas de dados y adivinos. Las mariposas selváticas podían alcanzar el tamaño de murciélagos. La cultura acuática era espectacular: los sampanes remontaban los ríos y canales, vedados a los carros; la pesca resultaba divertida y producía alimentos en abundancia. Los visitantes describían peleas de gallos e infiernos de juegos de azar; ceremonias rutilantes en el palacio imperial de Hue, donde los franceses permitían residir a un emperador títere que celebraba banquetes coronados con el asado de pavos reales, de cuya carne se decía que, aunque más dura, recordaba a la de ternera. Los habitantes del delta del Mekong recelaban mucho de la región costera que rodeaba la antigua capital, de la que afirmaban: «Las montañas no son altas, ni los ríos, muy profundos, pero los hombres son engañosos, y las mujeres, lascivas». Cierta occidental que amaba a los vietnamitas escribió que hablaban con una cadencia que «me hace pensar en un pato encantador, como si su lengua monosílaba fuera papando con dulzura».⁵

Con una cincuentena de grupos étnicos, las tribus más salvajes compartían las regiones más agrestes del Annam con tigres, panteras, elefantes, osos, jabalíes y unos pocos rinocerontes asiáticos. Dos grandes deltas —los del río Rojo, en el norte, y el Mekong, en el sur— engendraban cosechas asombrosas. Un auge en la exportación de arroz hizo que los franceses requirieran grandes extensiones a los nativos, de un modo similar a lo que hizo Estados Unidos en el Oeste y los colonos británicos en numerosos puntos de África. Los pueblos de Indochina quedaron sometidos a tributos que financiaban su propia sumisión, y en la década de 1930 el 70 % de los campesinos debía arrendar las parcelas que trabajaba, o a lo sumo poseían minifundios. Los plantadores franceses —unos pocos cientos de familias que acapararon las grandes fortunas de la Indochina colonial— adoptaron, en el siglo xx, una actitud tan inflexible con los vietnamitas que un visitante británico la calificó de «idéntica a la de cualquier aristocracia esclavista del

pasado. Los tratan con el absoluto desprecio que, por otra parte, probablemente es necesario para una explotación efectiva».⁶

A los plantócratas franceses, como a los magnates del caucho y los propietarios de minas de carbón, la administración colonial les permitió institucionalizar la crueldad; además instauró una tasa de cambio artificialmente elevada, del franco frente a la piastra vietnamita, que contribuyó a enriquecer al Tesoro parisino. Los invasores lograron que muchos vietnamitas se impregnaran de su lengua, educación y cultura. Cierta exalumna recordaba incluso que en su escuela le enseñaban que eran herederos directos de los galos; sólo se corrigió cuando su padre, suboficial del ejército francés, le dijo en tono de orgullosa severidad: «Tus antepasados fueron vietnamitas».⁷ Un cirujano australiano dejó escrito que, incluso entre personas relativamente humildes, se tenía conciencia «de ser una civilización antigua con una larga historia ininterrumpida».⁸

Sus circunstancias eran ligeramente mejores que las de los congoleños gobernados por Bélgica; algo peores que las de los indios sometidos a los británicos. Había una contradicción en las vidas de los vietnamitas de clase media y alta. Sometidos a una inmersión obligatoria en una lengua y una cultura europeas, sin embargo apenas veían a los franceses fuera de las horas de trabajo. Nguyen Duong, nacido en 1943, creció apasionado por los relatos de espías franceses y las historias de Tintín. Sin embargo, como a todos los asiáticos —para quienes un golpe físico representa el peor de los insultos—, le disgustaba mucho el hábito de los maestros franceses de asestar palmetazos a los más torpes. Nunca le constó que su familia recibiera en su casa a familia de colonos o saliera a cenar con esa clase de personas.⁹ Norman Lewis describió Saigón como «una pequeña ciudad francesa en un país tórrido. Tiene tanto sentido llamarla “el París del Extremo Oriente” como lo tendría afirmar que Kingston, en Jamaica, es el Oxford de las Indias Occidentales. Su inspiración ha sido meramente comercial y, por lo tanto, no hay *folie*, fervor ni una gran ostentación ... Veinte mil europeos salen lo menos posible de sus pocas calles sombreadas por los tamarindos».¹⁰

A la mayoría de los que se beneficiaban de la vida colonial, esta les parecía sumamente cómoda y agradable; al menos durante un tiempo. Los que se demoraban demasiado en el lugar, sin embargo, se arriesgaban a contraer enfermedades más graves que la malaria o la disentería: la lasitud paralizante del Oriente, agravada por el opio y el acceso a una multitud de sirvientes. Los franceses con más años de experiencia en la zona —*les anciens d'Indo*— hablaban de *le mal jaune* («el mal amarillo»). El dominio colonial no evitaba que la clase alta indochina los contemplara con desdén.

En Vietnam era tradicional ennegrecerse los dientes con esmalte, y las piezas blancas se contemplaban con desprecio: se cuenta que un emperador preguntó, tras recibir a un embajador europeo: «¿Quién es este hombre con dientes de perro?». ¹¹ Norman Lewis escribió: «Son demasiado civilizados para escupir cuando ven a un hombre blanco, pero les despierta una total indiferencia ... Hasta el culi del *rickshaw*, al que uno, para mayor tranquilidad, le paga el doble de la tarifa, acepta el dinero con un silencio sombrío y gira la cara de inmediato. Es tremendamente incómodo sentirse objeto de un aborrecimiento universal, como un mero “diablo extranjero”». ¹²

Pocos vietnamitas contemplaban el dominio francés con ecuanimidad, y era habitual que estallaran revueltas locales. En 1927, en Vinh Kim, un pueblo del delta del Mekong, se creó un grupo notable de actrices adolescentes, conocido como «*Troupe* de las Mujeres Unidas», que ponía en escena espectáculos y obras de teatro anticolonialistas. En la década de 1930 se produjeron incidentes rurales tales como manifestaciones, quema de cosechas o actos de insurgencia. El dinero siempre escaseaba: algunos campesinos fueron encarcelados por no satisfacer los impuestos, y otros cayeron en manos de tiburones del crédito, con lo cual en 1943 casi la mitad de las tierras cultivables de Vietnam estaban en manos de menos del 3 % del sector agrícola. La autoridad colonial tenía claro que el mejor remedio era la represión. Un oficial de la Sûreté vietnamita se burlaba de un revolucionario al que había detenido: «¿Acaso un saltamontes puede patear a un automóvil?». ¹³

Sin embargo, en los numerosos espacios deshabitados del país —*les grands vides*— pervivieron grupos de bandidos y guerrilleros. En la terrible cárcel de la isla de Poulo Condore casi nunca había celdas vacías. Para los vietnamitas allí destinados apenas se fingía siquiera un juicio justo. El lugar se acabó conociendo como «la universidad de los revolucionarios», porque muchos de los que más adelante interpretaron papeles destacados en la lucha por la independencia estuvieron encarcelados en Poulo Condore. Curiosamente, el hombre que se convirtió en su líder —y en uno de los revolucionarios más famosos del siglo xx— figuraba entre los pocos que no corrieron esa suerte.

Ho Chi Minh —seudónimo de Nguyen Sinh Cung— había nacido en un pueblo de la zona central de Vietnam en 1890. Su padre había ascendido a la condición de mandarín, pese a que era tan solo el hijo de una concubina; pero con el tiempo abandonó la corte para convertirse en maestro itinerante. Ho —como hicieron también más adelante Vo Nguyen Giap, Pham Van Dong y Ngo Dinh Diem— asistió a un influyente colegio de enseñanza secundaria de Hue, el Quoc Hoc, fundado en 1896, del que fue

expulsado en 1908 por actividad revolucionaria. Rompió con los lazos familiares y, tras un breve período como maestro de una escuela rural, en 1911 subió a una fragata francesa como fogonero y pinche de cocina. Durante tres años vagó por el mundo, pasó un año en Estados Unidos —que le fascinó— y luego trabajó como auxiliar de repostería en el hotel Carlton, en Londres. Su activismo político se fue intensificando y trató con muchos nacionalistas de distintos lugares: irlandeses, chinos e indios, por ejemplo. Ho hablaba inglés y francés con fluidez, además de varios dialectos chinos y, más tarde, ruso.

En 1919 esbozó un llamamiento que se entregó al presidente estadounidense Woodrow Wilson durante la conferencia de paz de Versalles, solicitando que diera apoyo a la independencia vietnamita: «Todos los pueblos sometidos están henchidos de esperanza ante la posibilidad de que se abra ante ellos una era de justicia y derecho ... en la batalla de la civilización contra la barbarie». En 1920 asistió al congreso de los socialistas franceses, donde pronunció un discurso que más adelante cobró fama: «Me resulta imposible, en tan solo unos minutos, referirles todas las atrocidades que los bandidos del capitalismo perpetran en Indochina. Hay más prisiones que escuelas ... Para nosotros no existen las libertades de prensa y opinión ... No tenemos derecho a emigrar ni viajar al extranjero ... Hacen cuanto pueden para intoxicarnos con opio y embrutecernos con alcohol ... Masacran por miles ... para defender intereses que no son [vietnamitas]». ¹⁴ Ho se convirtió en un autor prolífico de panfletos y artículos para las revistas de izquierdas, en los que citaba a menudo a Lenin.

En 1924 viajó a Moscú, donde se encontró con los nuevos líderes de Rusia y pasó varios meses estudiando en la que se había bautizado como «Universidad de los Trabajadores Orientales», antes de trasladarse a Cantón, donde trabajó como intérprete del asesor soviético de Chiang Kai-shek. Tres años después, cuando Chiang se volvió en contra de los comunistas, Ho huyó de nuevo a Europa. Un francés, conocido del vietnamita, describió una conversación sobre un puente del Sena, en la que Ho reflexionaba así: «Siempre pensé que acabaría siendo un erudito, o un escritor, pero he terminado por ser un profesional de la revolución. Recorro muchos países pero sin ver nada. Cumpro órdenes estrictas, sigo un itinerario cuidadosamente prescrito y no puedo desviarme de la ruta, ¿verdad?». ¹⁵ «Órdenes», ¿de quién? Muchos misterios rodean la vida de Ho. Nunca se casó; al parecer cubrió las necesidades emocionales mediante el compromiso con la lucha política. ¿Quién financiaba sus viajes por el mundo? ¿Era un criado al servicio de Moscú o solo recibía una ayuda económica *ad hoc* por parte de sus

compañeros de viaje político? No es de extrañar que se pasara al comunismo, porque en todas partes los capitalistas mostraron una hostilidad implacable a sus designios. No llamaba la atención por sus propios escritos y pensamientos, que carecían de originalidad, sino por su extraordinaria capacidad de inspirar en otros fe, lealtad e incluso amor. Un estudiante vietnamita escribió, tras encontrarse con Ho en París, algunos años después: «Exudaba un aire de fragilidad, de palidez enfermiza. Pero esto solo destacaba más la imperturbable dignidad de la que estaba investido, casi como un ropaje. Transmitía una impresión de fortaleza interior y generosidad de espíritu que tuvo sobre mí un impacto poderoso».¹⁶

En 1928 Ho apareció en Bangkok, punto de encuentro de los nacionalistas indochinos exiliados. Al cabo de un año se mudó a Hong Kong, donde presidió un encuentro de los líderes de diversos grupos vietnamitas enfrentados entre sí, celebrado en un estadio de fútbol, al mismo tiempo que el partido, para eludir la atención de la policía. Convenció a sus compatriotas de que debían unirse bajo la enseña del Partido Comunista de Indochina, que el Comintern moscovita reconoció oficialmente en 1931. Durante los años posteriores se produjeron en Vietnam diversas revueltas. Los franceses respondieron bombardeando los poblados donde sospechaban que había insurgentes y guillotinando a cuantos jefes podían identificar. Aunque Ho no intervino directamente en los alzamientos, ahora era un hombre buscado, perseguido en todas las colonias de las potencias europeas. Después de una serie de aventuras Ho logró escapar a China, tras convencer a un empleado de un hospital de Hong Kong de que declarase que había muerto. En adelante estuvo moviéndose entre China y Rusia, un período en el que adoleció de privaciones crónicas y enfermedades recurrentes. Un agente comunista francés que lo trató durante esta odisea describió a Ho como un carácter «firme y tembloroso con un único pensamiento en la cabeza: su país».

A principios de 1941, tras una ausencia de tres décadas, volvió en secreto a Vietnam, donde viajó a pie y en sampán, y adoptó el seudónimo con el que pasaría a la historia: Ho Chi Minh, «el que trae la luz». Tomó por base una cueva de las colinas del norte, donde, a sus cincuenta años, congregó a jóvenes que se sumaron a la causa del «Tío Ho», entre ellos algunos futuros héroes de la revolución como Pham Van Dong y Nguyen Vo Giap. Giap, al principio, presentó a Ho a su pequeño grupo de guerrilleros diciendo: «Camaradas, este viejo es nativo de la zona, un campesino que ama la revolución». Pero pronto se dieron cuenta de que ni era un lugareño ni, desde luego, un campesino. Dibujó mapas de Hanói para los que nunca

habían visto la ciudad y les aconsejó cavar letrinas. Un veterano recordaba: «Nos preguntábamos: “¿Quién es este anciano? Con todo lo que podría contarnos, ¿y nos da consejos de cómo cagar!?”». ¹⁷ Sin embargo, Ho no tardó en ser aceptado como líder del grupo y, de hecho, de todo un nuevo movimiento que bautizaron como Liga por la Independencia de Vietnam, más conocido por su nombre abreviado: Vietminh. Sus dirigentes no ocultaban el compromiso ideológico pero solo mucho más tarde indicaron expresamente que el único credo permitido era el comunismo.

La conquista nazi de la Europa occidental erosionó bruscamente la autoridad de Francia en sus colonias y, al mismo tiempo, intensificó los padecimientos de los campesinos. En Indochina los franceses satisfacieron sus propias necesidades requisando productos básicos tales como cerillas, telas o aceites para lámparas. En 1940 se produjo un alzamiento comunista, de corta vida, en el delta del Mekong, que costó la vida a varios oficiales franceses y acarrió la toma de varios puestos del ejército. Los rebeldes ocuparon almacenes de arroz y distribuyeron sus contenidos; insurgentes que enarbolaban banderas con la hoz y el martillo derribaron puentes. La que se conoce como Insurrección de Nam Ky duró tan solo diez días y contó con la participación de una minoría de los lugareños; pero puso de manifiesto la furia latente en las zonas rurales. Desde el verano de 1940, Tokio aprovechó la hegemonía regional para desplegar tropas en Indochina, primero para cortar la ruta de abastecimiento entre Occidente y China, luego para establecer una ocupación progresiva que llevó al presidente Franklin Roosevelt a imponer el trascendental embargo petrolífero de julio de 1941. Aunque en teoría los franceses seguían conservando la autoridad, en adelante el poder real lo ejercieron los japoneses. Buscaban productos básicos para sus industrias nacionales e insistieron en que los vietnamitas redujeran el cultivo de arroz y aumentaran el de algodón y yute. Esto, sumado a la exportación forzosa de alimentos, fue agravando el hambre entre los habitantes del mayor productor de arroz del sudeste asiático.

En 1944, una sequía, con posteriores inundaciones, desató una tragedia humana de enormes proporciones. Al menos un millón de vietnamitas —uno de cada diez habitantes de Tonkín— perecieron en una hambruna tan terrible como el desastre contemporáneo del este de Bengala, en la India británica. Hubo noticias creíbles sobre canibalismo, pero no se sabe que ningún francés muriera de inanición. La hambruna quedó grabada en la memoria de muchos vietnamitas del norte como la experiencia más espantosa de sus vidas, peor incluso que las guerras posteriores. Uno de los recuerdos más antiguos de un campesino de un pueblo próximo a Hanói era

el de su madre riñendo a los niños si desperdiciaban comida: «¡No harías eso si te acordaras de 1945!».¹⁸

Otro campesino describió las aldeas abandonadas y la desesperación popular: «Cuerpos esqueléticos y harapientos vagaban por las calles de todas las ciudades y los caminos de todo el país. Luego empezaron a aparecer cadáveres en las cunetas y en los terrenos de las pagodas y las iglesias, en los parques urbanos, en las estaciones de trenes y autobuses. Grupos hambrientos, de hombres, mujeres que portaban bebés en los brazos y otros niños alrededor invadían todos los campos y jardines a su alcance, buscando cualquier cosa que les pareciera que podían comer: bananas verdes, bulbos de bananero o el interior de los tallos, brotes de bambú... En mi propio pueblo, la gente tuvo que defender sus tierras por la fuerza». ¹⁹ Pasaban carros de bueyes para llevarse los cadáveres y enterrarlos en fosas colectivas. Cierta día, la hija de este campesino, de tres años, estaba comiéndose un pastel de arroz frente a su casa cuando un joven demacrado, «que parecía un fantasma con harapos», se abalanzó sobre la pequeña, le arrebató el bocado y salió a la carrera.

En algunas zonas se crearon comedores de caridad que repartían gachas a largas colas de personas famélicas. Van Ky, un adolescente de Tonkín que luego cobró fama por sus canciones para el Vietnamh, contó más adelante: «Al abrir la puerta de casa, por la mañana, te podías encontrar a un cadáver allí tirado. Donde veías una bandada de cuervos, ya sabías que debajo había un muerto». ²⁰ Como era de esperar, esta experiencia fue un caldo de cultivo de revolucionarios, incluido el propio Ky. Había nacido en 1928, en el seno de una familia campesina, pero creció en el hogar de su tío, excepcionalmente alfabetizado, de quien pudo aprender las fábulas de La Fontaine, que le inspiraron obritas de teatro. Allí también leyó libros tales como *Los miserables*, de Víctor Hugo. A los quince años, Ky estaba repartiendo panfletos comunistas. Lo nombraron jefe de la milicia secreta local, en la que prestó servicio hasta que decidió que su talento artístico podía resultar más útil para la revolución que sus conocimientos militares. Los propagandistas del comunismo utilizaron la música con gran eficacia, adaptando a los nuevos mensajes canciones populares que eran interpretadas por bandas itinerantes. Más adelante Ky escribió una balada titulada «Hy Vong» («Esperanza») que se convirtió en una de las melodías favoritas de la Resistencia. Su experiencia personal puso de manifiesto un aspecto llamativo de la lucha por la independencia: el respeto por la cultura francesa no era incompatible con la firme voluntad de lograr que Francia se marchara de Vietnam.

2. LA MARCHA DEL VIETMINH

La última fase de la guerra mundial tuvo consecuencias de gran alcance. En marzo de 1945, los japoneses dieron un golpe de Estado, depusieron al régimen profrancés y asumieron el pleno dominio de Vietnam. El colonialismo solo era sostenible en tanto en cuanto los pueblos sometidos lo considerasen un orden inevitable, pero esta percepción cambió para siempre en el sudeste asiático. Los vietnamitas retrocedían ante la brutalidad de los nuevos gobernantes, pero admiraban el espectáculo de la autoridad en manos de otros asiáticos: hubo quien calificó a los japoneses de *oai*, «imponentes». ²¹ En julio, la Oficina de Servicios Estratégicos —una agencia de Estados Unidos que patrocinaba la guerra de guerrillas; OSS, en sus siglas inglesas— envió a Indochina a un grupo de agentes paramilitares encabezados por el comandante Archimedes Patti, que se estableció en la base de Ho Chi Minh. Aquellos jóvenes duros, como tantos otros estadounidenses y británicos destacados en países ocupados por todo el mundo, se alegraban de encontrar amigos en un entorno hostil, de modo que se enamoraron del romanticismo de las circunstancias, así como de sus huéspedes. Un guerrillero de veintidós años le contó a uno de los hombres de las SS, en tono jocoso, que no debía dejarse ver fuera del campamento, situado en Tan Trao, «porque si los japoneses te atrapan, ¡te comerán como a un cerdo!». Sin embargo, cuando se jactó de la broma delante de Giap, este le reprendió: «Somos revolucionarios y los miembros de este equipo son nuestros aliados, así que tenemos que hablarles de una forma culta y civilizada». ²²

La política de Washington, en relación con Indochina, fue torpe y errática. Los capitostes militares Aliados estaban centrados en culminar la derrota de Alemania y Japón. De Yugoslavia a Birmania, sin embargo, y de Grecia a Vietnam, los nacionalistas locales focalizaron su atención casi exclusivamente en hacerse con el control político cuando se completara la expulsión de las fuerzas del Eje. A los súbditos coloniales no les interesaba liberarse del protectorado del fascismo para quedar subyugados de nuevo por sus antiguos señores, ya fueran estos franceses, británicos o neerlandeses. El equipo de la OSS destinado con Ho quedó fascinado por la personalidad de este y se permitió suponer que las armas que le proporcionaban se utilizaban para hostigar a los japoneses. En realidad, el Vietminh escenificó unas pocas acciones de exhibición contra los ocupantes, pero se centró en construir una organización propia y acumular armas para luchar contra los franceses. Ho nombró como jefe militar a Giap. Este antiguo maestro y ávido estudiante de historia carecía por completo de formación militar

cuando, el 22 de diciembre de 1944, formó la conocida como Unidad de Propaganda del Ejército de Liberación Vietnamita, integrada tan solo por treinta y cuatro personas (tres de ellas, mujeres). El 15 de mayo de 1945 la estructura se integró en el embrión de un «Ejército de Liberación».

En las modernas historias de Hanói se constata con satisfacción la manera en que los cuadros comunistas aprovecharon las armas y el entrenamiento occidentales para perseguir sus propias metas. En 1943, después de que los Aliados ocuparan el Madagascar francés, la organización bélica secreta británica —el Ejecutivo de Operaciones Especiales; SOE, en sus siglas inglesas— reclutó a siete prisioneros vietnamitas que sus oficiales habían hallado languideciendo en una prisión de Vichy. Estos hombres aseguraron a sus libertadores que estaban ansiosos por regresar a su país a combatir, sin precisar que incluían a los franceses entre sus enemigos fascistas. Una versión posterior del Vietminh afirmaba: «Aquellos siete hombres de la inteligencia aparentaban ser agentes de los Aliados, pero su mente y su corazón estaban con el comunismo».²³ Tras el entrenamiento habitual en las técnicas del espionaje, se lanzaron en paracaídas sobre Vietnam. Temían que el Partido los rechazara por haber aceptado ponerse a las órdenes del SOE, pero fueron recibidos con los brazos abiertos y enseguida se les ordenó comunicarse con Calcuta para obtener más armas, equipos de radio y material médico.

El carácter repentino del final de la guerra, en agosto de 1945, permitió a Ho tomar la iniciativa y ocupar un vacío de poder especialmente claro en la zona septentrional. Sus emisarios convencieron a Bao Dai —el joven, indolente y errático emperador títere de Vietnam— de que escribiera al gobierno de París aseverando que la posición de Francia solo se podría proteger «con el reconocimiento explícito y expreso de la independencia de Vietnam».²⁴ El general Charles de Gaulle, como jefe provisional del gabinete parisino, declinó dar respuesta a la carta, pero se vio obligado a reconocer, aun con reticencia, que antes de abdicar el 25 de agosto Bao Dai había invitado a Ho a formar gobierno. El líder del Vietminh hizo que sus seguidores marcharan hacia Hanói, la capital de Tonkín, y el 2 de septiembre de 1945 —en la plaza de Ba Dinh, ante una multitud extasiada— proclamó la vigencia del nuevo Estado de Vietnam. Declaró: «Los franceses han huido, los japoneses se han rendido, el emperador Bao Dai ha abdicado, nuestro pueblo ha roto las cadenas que durante más de un siglo nos han oprimido».²⁵

La noticia se transmitió por radio en todo el país, y un niño en edad escolar, que vivía al sur de Hue, rememoraba más adelante: «Nuestros maestros estaban muy felices. Nos decían que debíamos salir a celebrar la

independencia. Decían que cuando fuéramos viejos ... debíamos recordar aquel día como un día de celebración».²⁶ En su discurso, Ho citó la Declaración de Independencia de Estados Unidos, y obtuvo una victoria propagandística cuando el grupo de la OSS aceptó fotografiarse saludando la ceremonia de izado de la bandera del Vietminh. Por casualidad, en aquel momento un escuadrón de cazas P-38 del ejército de Tierra estadounidense pasó ruidosamente sobre la ciudad; a ojos de miles de espectadores, Estados Unidos estaba dando su bendición al nuevo gobierno.

De hecho, por descontado, un grupito de jóvenes idealistas del Departamento de Estado y la OSS se limitaron a explotar la ausencia de directrices claras de Washington para actuar a su antojo. Patti —un hombre muy vanidoso al que Ho manipulaba con soltura— describió al líder del Vietminh como «un alma amable», y otro estadounidense dijo: «Creíamos que era antes que nada nacionalista, y solo en segundo lugar, comunista». El comandante admitió, mucho después: «Quizá fui un tanto ingenuo, en lo que a la intención y el propósito respecta, al usar las palabras [de la Declaración de 1776] ... Pero tenía la convicción de que los vietnamitas se quejaban con razón y tenían todo el derecho a gobernarse ellos mismos. A fin de cuentas, ¿no era de eso de lo que trataba [la segunda guerra mundial]?».²⁷

El liderazgo carismático resulta determinante en la mayoría de las luchas revolucionarias; recordemos a Gandhi y Nehru, en la India, a Kenyatta, en Kenia, a Castro, en Cuba. Ho Chi Minh asentó una legitimidad que se demostró inexpugnable incluso cuando se pusieron de manifiesto las deficiencias —y las barbaridades— de su régimen, porque en 1945 se apoderó en solitario del movimiento independentista de Vietnam. Nguyen Cao Ky, que por entonces contaba dieciséis años, escribió más adelante que en aquellos días, en Hanói, «solo salía un nombre de mi boca, y de las bocas de casi todos los de mi generación: el de Ho Chi Minh».²⁸ Muchos hogares colgaron su retrato; en palabras de otro joven vietnamita, «ansiábamos tener un héroe al que adorar».²⁹ Los franceses no intentaron favorecer el desarrollo de una clase política nativa, con simpatías por las aspiraciones de su propio pueblo: los vietnamitas ricos y de buena formación vivían en un mundo completamente ajeno al de los campesinos. Ho y sus íntimos, que sabían que pocos aprobarían un proyecto netamente comunista, lograron unir a una gran parte de su pueblo bajo la bandera de expulsar a los franceses. En los años siguientes alcanzó una estatura mítica, muy por encima de la de cualquier compatriota.

Durante los primeros años de la lucha por la independencia, en las «zonas liberadas» se forzó el traspaso de la propiedad de las tierras a manos

campesinas. Ho y sus socios no desvelaron que concebían la redistribución como una simple parada de tránsito, previa a la verdadera estación de término: la colectivización. Los cuadros políticos transmitían una imagen brillante de Rusia como un paraíso en la Tierra que Vietnam debía aspirar a emular. El propio Ho irradiaba un aura de dignidad y sabiduría que impresionaba a cuantos lo trataban, y demostró ser un maestro en la manipulación política. Bajo la apariencia de benignidad poseía la cualidad indispensable en todos los revolucionarios: ser absolutamente implacable con el coste humano de los caminos que estimaba que su pueblo debía recorrer. A la hora de juzgar un movimiento político, parece razonable preguntarse no tanto si es capitalista, comunista o fascista como si resulta esencialmente humano. Un comentario atribuido a Giap da respuesta a esta pregunta, en lo que respectaba al Vietminh: «Cada minuto, cientos de miles de personas mueren en este planeta. La vida o la muerte de un centenar, de un millar, de decenas de miles de seres humanos, incluso de nuestros compatriotas, tiene poca importancia».

La conducta de Ho Chi Minh reflejaba esa misma convicción, pero como político Ho tuvo la astucia suficiente para que ningún occidental lo oyera afirmando tal cosa. Ha habido mucho debate al respecto de si era un «auténtico» comunista o tan solo un nacionalista que abrazó el credo de Lenin llevado por la necesidad política. Los datos disponibles se inclinan con claridad hacia lo primero. Nunca se asemejó a Tito, en contra de lo que sugerían quienes lo defendían en Occidente: condenó repetidamente que, en 1948, Yugoslavia cortara los lazos con el bloque soviético. Expresó una admiración constante por Stalin, pese a que el líder ruso nunca favoreció al jefe del Vietminh ni con la confianza personal ni con una ayuda importante.

Cabe conjeturar que, tal vez, Vietnam no se habría sometido al comunismo si, en 1945, Francia hubiera anunciado su intención de abandonar el país y hubiera emprendido un proceso de transición acelerada para identificar a líderes nativos creíbles y prepararlos para el gobierno, como hicieron los británicos antes de salir de la península de Malaca. Los franceses optaron por lo contrario: redactar una larga nota de suicidio que afirmaba su férrea oposición a toda forma de independencia. La intransigencia de los colonialistas concedió a Ho Chi Minh la superioridad moral en la guerra que se estaba empezando a desarrollar.

El gran responsable de esta pifia fue De Gaulle. En marzo de 1945 descartó las ideas de Pierre Messmer, su oficial de enlace con el Extremo Oriente, que consideraba necesario parlamentar con el Vietminh. Muy al contrario, el altivo general confió la restauración de la autoridad francesa a

un colonialista intratable, el almirante Thierry d'Argenlieu, nombrado alto comisario para Saigón. En algunas partes del mundo —en particular en África—, la escasez de movimientos nacionalistas creíbles permitió a los imperios europeos aferrarse a su poder y sus privilegios durante una generación más. En Vietnam, por el contrario, como en Asia en general, la hegemonía extranjera resultó insostenible cuando los líderes locales encontraron voces a las que no se pudo silenciar, acompañadas de un público que les prestaba oídos. Tal era la realidad que Francia se pasó una década intentando negar.

El 12 de septiembre de 1945 —menos de un mes después de que el Vietminh se hiciera con la autoridad en Hanói—, tropas británicas e indias tomaron tierra en Saigón. Liberaron de la prisión a los enfurecidos colonialistas franceses y, tras varias escaramuzas sangrientas y confusas (en las que algunos japoneses se sumaron al bando de los aliados), expulsaron a los aspirantes vietnamitas al poder. El comandante británico, el general de división Douglas Gracey, afirmó: «La cuestión del gobierno de Indochina es exclusivamente francesa». Uno de sus oficiales describió así un primer encuentro con el Vietminh: «Vinieron a verme con un “Bienvenido” y esa clase de cosas. Fue una situación desagradable y yo me apresuré a despacharlos. Era evidente que eran comunistas».³⁰ En ocasiones se ha criticado a Gracey por apoyar con sus tropas la opresión del pueblo de Ho. Pero era un militar relativamente menor —no un César, ni siquiera un Mountbatten— y se le había encargado hacer lo mismo que muchos de sus iguales en aquellos días: usar las bayonetas para restaurar el orden que imperaba antes de la guerra.

Por petición de Washington, 150.000 soldados chinos —los hombres de Chiang Kai-shek— bajaron al norte de Vietnam para interpretar una parte del papel de ocupación de los aliados. Los vietnamitas los apodaron *tau phu* («chinos hinchados») porque todos parecían tener los pies deformados, quizá a consecuencia del beriberi. Los recién llegados se comportaron más como langostas que como soldados, pues acabaron con todos los recursos comestibles o móviles de las zonas por las que pasaban. No solo apenas interfirieron en la acción de Ho, que seguía ampliando su autoridad política con decisión, sino que tuvieron la deferencia de vender armas al Vietminh. A principios de octubre de 1945 llegaron las primeras tropas francesas a Saigón, pero todavía tardaron más de un año —un retraso muy valioso para los comunistas, letal para los imperialistas— en restaurar el control en el norte.

A sus dieciséis años, el estudiante Pham Phu Bang era un revolucionario apasionado que veía el Vietminh como un movimiento dedicado exclusivamente a la independencia: «Yo no sabía nada sobre el comunismo».³¹

Cuando los japoneses barrieron el país, primero se emocionó al contemplar cómo otros asiáticos humillaban al poder colonial francés, «como dos grandes búfalos de agua que toparan por ver quién era más fuerte». Tras el hundimiento de Japón, Bang inició su propia carrera revolucionaria: robaba armas a los soldados chinos descuidados, escribía carteles y dibujaba banderolas proclamando «¡Arriba Ho Chi Minh!» o «¡Viva el Vietnam libre!». Un día subió a un tren que llevaba arroz al norte, a las zonas castigadas por la hambruna. El transporte quedó parado frente a un puente destruido por los bombardeos aliados. La escolta del Vietminh reclutó a campesinos locales para que cargaran los sacos de arroz hasta la otra orilla del río, pero el tren no tardó en quedar rodeado por una muchedumbre famélica. Al joven Bang se le acercó una figura esquelética que había recibido una lata de arroz, pero rogaba desesperadamente que le dieran otra para su hijo. «Entre nosotros hubo discusiones encendidas sobre de quién era la culpa de aquellas cosas tan terribles: de los japoneses, que gobernaban; de los franceses, que requisaban toda la comida que querían para sí mismos; o de los estadounidenses, que habían bombardeado las vías de tren. Decidimos que eran los tres. Nos preguntábamos: ¿por qué un país tan pequeño y frágil como el nuestro tiene tantos enemigos?»

En el transcurso de 1945-1946, el Vietminh se hizo con el control de un movimiento no comunista, la Juventud de Vanguardia, y eliminó a los otros grupos de oposición de la zona norte del país. Muchos de los líderes alternativos fueron encarcelados y en el campo se liquidó a varios miles de supuestos «enemigos del pueblo». El Vietminh se apresuró a anunciar su propio triunfo en las elecciones nacionales del 4 de enero de 1946, tan amañadas como todas las demás votaciones que se celebraron en Indochina durante las décadas siguientes. Durante una breve temporada, mientras el ejército chino y los representantes aliados tuvieron una presencia conspicua en el norte, hubo cierta ficción de libertad de expresión. A mediados de junio, sin embargo, los hombres de Chiang se habían marchado, en su mayoría, y las purgas se reanudaron.

La gente de Ho se movió con rapidez y eficacia para tomar el control de las zonas rurales, en particular en las áreas más remotas y próximas a la frontera china. En el delta del Mekong, por el contrario, los franceses recuperaron el dominio a principios de 1946, con lo cual las estructuras insurgentes tuvieron que evolucionar en secreto, conviviendo con la administración colonial. Entre los hombres del Vietminh que regresaron de la cárcel estaba Le Duan, que dos décadas más tarde asumiría el poder en el país. Cuando los franceses expulsaron al Vietminh de las zonas urbanas, Le

Duan estuvo entre los que se establecieron en el área rural del delta, donde las guerrillas tomaron las armas. El poder colonial les respondió.

Que Francia adoptara este camino fatal se debía, en buena medida, a la humillación sufrida en la segunda guerra mundial. Si en la India se pudo evitar un desastre militar, probablemente fue solo porque los votantes británicos, en las elecciones de 1945, tuvieron el acierto de respaldar un gobierno socialista que tomó la decisión histórica de abandonar el subcontinente y Birmania. Por el contrario, en París, en el verano de 1945, un delegado negro de la Guyana, Gaston Monnerville, afirmó: «Sin el imperio, hoy Francia no sería más que un país liberado ... Gracias a su imperio, Francia es un país victorioso».³² Los sucesivos gobiernos de la Cuarta República, con sus puertas giratorias, se mostraron débiles en todos los campos, salvo en la insistencia en desplegar la fuerza en las posesiones de ultramar, con una determinación implacable rara vez igualada por los soviéticos. En 1945 se produjo en Argelia una revuelta musulmana que costó la vida a un centenar de europeos; se calcula que, en respuesta, las tropas francesas mataron a unas ochenta mil personas. Tras otra rebelión, de marzo de 1947, en Madagascar —donde treinta y siete mil colonos dominaban a más de 4,2 millones de súbditos negros—, el ejército mató a noventa mil personas. Que una potencia europea dejara tales montañas de cadáveres y la cuestión pasara sin apenas noticia solo se puede explicar en el clima de desánimo de un mundo que había agotado sus reservas de escándalo moral. En todo caso, Argelia y Madagascar son contextos importantes para el derramamiento de sangre que pronto sufriría también Indochina.

La brutalidad e inhumanidad de los franceses es asombrosa, pero más incomprensible aún es que Estados Unidos los apoyara. Sin ayuda militar, la política colonial de París se habría derrumbado de la noche a la mañana. Fredrik Logevall ha observado que no habría existido contradicción entre la decisión estadounidense de ayudar a la recuperación nacional de Francia y una negativa a respaldarla en sus locuras imperiales.³³ Si Washington optó por el camino contrario se debió en parte a que, antes incluso de que la Guerra Fría alcanzara una temperatura gélida, los gestores políticos eran reticentes a reconocer las nuevas conquistas territoriales de los comunistas. Aunque los intelectuales liberales de Estados Unidos odiaban el colonialismo, en una era en la que su propio país aún vivía en buena medida con las razas segregadas, el espectáculo del dominio de los hombres blancos frente a las «razas inferiores» todavía no resultaba tan odioso como lo empezaría a ser pronto. A finales de la década de 1940, los franceses no se habían asociado tanto al anticomunismo estadounidense como lo harían más adelan-

te; pero en la escala de prioridades del presidente Harry Truman, los intereses del pueblo vietnamita —o, a tales efectos, del malgache, argelino y otros que se hallaban en circunstancias similares— ocupaban un lugar muy secundario.

Al principio, algunos vietnamitas consideraron que la vuelta de los franceses era un expediente aceptable, de forma temporal, para librarse de los chinos, que estaban saqueando el norte. Ho Chi Minh recibió un reconocimiento simbólico como señor de Tonkín, y Bao Dai, el reconocimiento como soberano nominal del país. En julio de 1946, cuando Ho visitó París para hablar sobre el futuro constitucional del país, fue recibido con los honores de un jefe de Estado. Pero era pura apariencia: en las conversaciones subsiguientes, en Fontainebleau, el gobierno parisino dejó claro que había llamado a Ho para transmitirle las instrucciones de sus superiores, no para negociar una nueva asignación del poder. De Gaulle afirmó: «Francia, unida a los territorios de ultramar que abrió a la civilización, es una gran nación. Sin esos territorios, correría el peligro de dejar de ser una nación».

El jefe de la delegación francesa le dijo a un representante del Vietnam, con desdén: «Nos bastaría con una intervención policial corriente, de ocho días, para expulsaros a todos». Durante varias semanas, Ho quedó sumido en la frustración. Truong Nhu Tang —que tres décadas después sería ministro revolucionario en el sur— formaba parte de un grupo de estudiantes vietnamitas que se encontraron con su héroe en París. Se emocionaron cuando el aspirante a liderar la nación les indicó que se dirigieran a él como «Tío Ho», en vez de con un «Señor Presidente». Les preguntó qué pensaban sobre el futuro de Vietnam y dedicó una tarde a charlar con ellos. «Es difícil pensar en otro líder mundial que, en circunstancias parecidas, hubiera hecho lo mismo.» Cuando Ho supo que en aquel grupo de estudiantes los había originarios tanto del norte como del centro y el sur de su país, exclamó: «*Voilà!* La juventud de nuestra gran familia ... Debéis recordar que, aunque los ríos se sequen y las montañas se desmoronen, la nación siempre será una».³⁴ Los comentarios de Ho causaron una profunda impresión en sus jóvenes compatriotas, porque evocaban «el lenguaje de lemas y poesía que los líderes vietnamitas siempre habían usado para arengar al pueblo ... Desde aquella tarde, fui un partidario ardoroso de Ho Chi Minh. Su sencillez, encanto, familiaridad me habían conquistado. Su ... ferviente patriotismo me sirvió de modelo para mi propia vida».

Ho volvió a Tonkín sabiendo que no se podría alcanzar ningún acuerdo pacífico. Los franceses actuaban con una duplicidad extrema: en cuanto pudieron disponer de más tropas, aviones y buques de guerra, no solo refor-

zaron el dominio en el sur sino que salieron a por el norte. Aquel verano de 1946 las operaciones militares se confiaron a la dirección de la figura más destacada del ejército francés: Philippe Leclerc. Este calificó a Ho de enemigo de Francia y tuvo la imprudencia de considerar que el conflicto ya estaba ganado. El general trataba con desdén a Giap, el antiguo jefe de inteligencia de Ho, que a la sazón era el supuesto «ministro de Defensa» del Vietminh. Giap, que sabía sonreír de una forma generosa y contagiosa, engañó a algunos occidentales, que lo tomaron por un personaje más amable y manejable que su líder. En realidad, Giap era tan vanidoso como implacable, y el desprecio indolente de los franceses solo incrementó la intensidad de su odio hacia los colonialistas.

Leclerc terminó cambiando de opinión sobre Indochina, y se convenció de que no la podrían conservar enfrentados a una hostilidad nacionalista instalada por igual entre los comunistas que entre los contrarios al comunismo. Pero poco después perdió la vida en un accidente aéreo, en África, y desde entonces Thierry d'Argenlieu dominó la política exterior de su país. El alto comisario era una figura inflexible, como un jesuita, y el gobierno de París dio crédito a la seguridad con la que afirmaba que podrían aplastar al Vietminh. «Desde este punto, nos resulta imposible tratar con Ho Chi Minh ... Encontraremos a otras personas con las que podamos negociar.» Los franceses coquetearon con la posibilidad de promover al exemperador, aún joven, Bao Dai. Pero en Vietnam, como en tantas otras naciones oprimidas de todo el mundo, la corriente favorecía decididamente a la izquierda política. En la imaginación popular, ningún otro vietnamita poseía un atractivo ni remotamente comparable al de Ho.

En noviembre de 1946, tras la ruptura de las negociaciones, los franceses lanzaron un brutal bombardeo naval y aéreo contra los supuestos fortines del Vietminh en el puerto de Haiphong y sus alrededores. Varios miles de personas perdieron la vida y solo el barrio europeo de la ciudad se libró de la devastación. El 19 de diciembre, D'Argenlieu promulgó un ultimátum que exigía la rendición del Vietminh, a lo que este respondió con una insurrección armada en Hanói, que se mantuvo durante sesenta días. Cuando los franceses lograron expulsarlos por fin, entre una destrucción generalizada, se engañaron creyendo que con ello habían recobrado el control de Tonkín.

Los observadores extranjeros eran escépticos, sin embargo. Un corresponsal del londinense *The Times* escribió en diciembre: «Todo poder colonial, si se sitúa en la posición de responder al terrorismo con terrorismo, valdría más que se lavara las manos en todo este asunto. Estamos a punto

de ver cómo el ejército francés reconquista la mayor parte de Indochina con la única función de que ningún comerciante o plantador francés pueda vivir allí fuera de un perímetro alambrado». Ho y Giap, que se preparaban para una campaña prolongada, necesitaban disponer de bases situadas fuera del alcance de los cañones pesados y los aeródromos franceses. Así, el grueso de su ejército, integrado por unos treinta mil hombres, se marchó de los pueblos y ciudades hacia el Viet Bac, una región remota del noroeste del país.

Los líderes del Vietminh, que pasaron a vivir en cuevas o cabañas, no se engañaban: sabían que no estaba en sus manos obtener una victoria militar absoluta. Lo que buscaron, pues, fue hacer que el dominio francés resultara insoportablemente oneroso. Para este fin, grupos locales clandestinos emprendieron una guerra de guerrillas mientras las fuerzas regulares centraban sus operaciones en los puntos donde las condiciones parecían favorables. Contaban sobre todo con armamento confiscado, pero también empezaron a producir sus propias armas, con la ayuda de unos tres mil desertores japoneses. Con un ingenio ilimitado, recogían los cartuchos franceses, que recargaban, y creaban minas a partir de cuantos proyectiles de cañón o mortero caían en sus manos. Al principio, controlaban (abiertamente o en secreto) a cerca de diez millones de personas, que en su mayoría les pagaban impuestos y debían prestar servicio militar o laboral. Aunque el Vietminh denunciaba el tráfico de opio como una manifestación de la explotación colonial, Ho utilizó los mismos medios para multiplicar los ingresos de su movimiento.

Las familias son núcleos casi sagrados de la sociedad vietnamita, pero en aquellos días muchas se hicieron pedazos. El padre de Tran Hoi, un niño de diez años, era un pequeño comerciante de Hanói que aceptaba la continuidad del poder francés. Decía: «Si tenemos que elegir entre el dominio colonial y el comunismo, elegiré el colonialismo, porque eso nos abre las puertas de la civilización occidental».³⁵ Hubo una agria pelea cuando el tío de Hoi, un médico, anunció su resolución de unirse a Ho Chi Minh. Las divisiones de este clan familiar, como la de muchos otros, no sanaron durante las décadas de lucha que por entonces se iniciaban.

Índice de contenidos

Listado de ilustraciones.	9
Listado de mapas	13
Introducción.	17
Nota sobre los estilos del texto	25
Glosario	27
1. La bella y las bestias	35
1. Aferrarse a un imperio.	35
2. La marcha del Vietminh	44
2. La «guerra sucia»	55
1. «Como apisonadoras»	55
2. Washington invita	66
3. Campesinos	70
3. La fortaleza que nunca fue tal.	79
1. A la espera de Giap	79
2. Se avecina un desastre	89
4. Huellas sangrientas	101
1. ¿Marcharse o bombardear?	101
2. «Un triunfo de la voluntad»	108
3. Ginebra.	118
5. Las tiranías gemelas	131
1. «Un régimen de terror»	131

2. «El único chico que tenemos»	139
3. Una fase de explosión	146
4. Una nueva llamada a las armas	152
6. Una parte del camino, en compañía de Kennedy	163
1. «Perderán su país a no ser que...»	163
2. La monarquía de McNamara	177
3. Le Duan sube la apuesta	184
7. 1963: ataúdes para dos presidentes	191
1. Batalla pequeña, gran historia: Ap Bac	191
2. La revuelta de los budistas	202
3. Matar el tiempo	206
8. El laberinto	221
1. «Suficiente guerra para todo el mundo»	221
2. Eludir las decisiones	233
9. Entrar en el golfo	249
1. Mentiras	249
2. El ascenso de los halcones	257
10. «Estamos confusos sobre cómo proceder»	269
1. Bajar por la ruta	269
2. Envío al entierro	275
11. Por la escalera mecánica	291
1. «Lo peor de lo peor»	291
2. Nueva gente, nueva guerra	302
12. «Como intentar agarrar humo»	323
1. Combatientes y esquiadores	323
2. Fuego poco amigo	330
3. Trampas y polvo en los caminos	338
13. Fraudes y aceite de menta	349
1. Robos	349
2. Gobierno	352
3. Gurús	358

14. Operación Rolling Thunder	365
1. La edad de piedra, la edad de los misiles	365
2. «Pasar al norte»	377
15. Aguantar el daño	397
1. La mejor época, la peor época	397
2. Amigos	403
16. «Hundidos en el gran barrizal»	419
1. Pacifistas	419
2. Belicistas	427
3. Pasar inadvertido	433
4. Fusiles	447
17. Los nuestros, los suyos: la guerra vietnamita	455
1. <i>Song qua ngay</i> : contentémonos con llegar a mañana	455
2. Combatientes comunistas	460
3. Soldados de Saigón	470
18. El Tet	475
1. Preludio	475
2. Fuga	485
3. Una humillación simbólica	496
19. La fuerza de los carretes	501
1. Contraataques	501
2. La rendición de un presidente	520
20. Repetición continua	529
1. Morir	529
2. Conversar	551
21. La herencia de Nixon	557
1. Un ejército se desmorona	557
2. <i>Aussies</i> y <i>kiwis</i>	574
3. Dioses	585
4. «Vietnamización»	591
22. Perder a plazos	597

1. El «anzuelo» y el «pico de loro»	597
2. Contraterrorismo	605
3. Lam Son 719	613
23. Daños colaterales	627
1. Mary Ann	627
2. «El chivo»	635
3. «Vámonos a casa»	639
24. Las mayores batallas	643
1. Le Duan fuerza el ritmo	643
2. La tormenta se desata	648
3. Una victoria vacía	675
25. Tíos grandes, gordos y feos	681
1. «Borraré del mapa, del todo y por completo, a McGovern».	681
2. «Los vamos a bombardear a base de bien».	691
26. Un beso antes de morir	707
1. El preso	707
2. «Paz»	711
3. La «guerra de las banderas»	718
27. El último acto	733
1. Invasión	733
2. «¡Ah, mi país, mi pobre país!»	752
28. Después	769
1. Venganza	769
2. Pasar cuentas	781
Agradecimientos	795
Notas y referencias	799
Bibliografía	845
Índice analítico	859

